

Las guerras no se
liberan solamente
en los campos de
batallas.

La mujer y la caricatura en
los inicios de la Guerra de los
Mil Días (1899-1902)

Rafael Rubiano Muñoz¹

¹ Sociólogo y Magíster en Ciencia Políticas, UdeA. Doctor en Ciencias Sociales (Flacso-Argentina). Profesor Titular, Facultad de Derecho y Ciencias Política, UdeA. Miembro del grupo de investigación Kultur, Departamento de Historia, UdeA. Correo: rafael.rubiano@udea.edu.co

El presente ensayo rescata del olvido a dos protagonistas esenciales que estuvieron presentes en la Guerra de los Mil Días, las mujeres y la caricatura. Desde esa perspectiva el escrito busca incitar a repensar nuestra historia en clave del presente desde una posición diversa, alternativa y por encima de los relatos oficiales; invita a los lectores a pensar nuestro país desde la diferencia y la inclusión de los otros, de los olvidados y los excluidos.

Palabras clave

Mujeres, caricatura, guerra, política.

*Viva Dios en las alturas
Y Marín en Bogotá,
Los godos en los infiernos
Que Pompilio ardiendo está*

[...]

*De un balazo en la testuz
Y entre las godas legiones,
Murió un hijo de Jesús.
Como este expiró en la cruz
Y también entre ladrones*

Carlos Eduardo Jaramillo

**Para no olvidar.
El papel de la historia
en la universidad pública.
Quien no conoce la
historia no la puede repetir,
porque precisamente no sabe
si la repite por desconocerla**

El 24 de octubre de 1902 se redactó un convenio en la Hacienda Neerlandia, y el 21 de noviembre de 1902 se firmó en el buque norteamericano *Wisconsin* un acuerdo de paz que produjo formalmente el fin de la Guerra de los Mil Días², de modo que este año se cumplen 120 años del fin del conflicto civil armado acaecido en Colombia que involucró a varias naciones de nuestro continente y que precipitó de modo catastrófico la entrada de nuestra patria al siglo xx. Lo cierto es que exactamente desde su inicio hasta su fin la guerra contó con 1087 días, tras su primera firma de paz. Poco se ha investigado por los armisticios y los procesos de paz a lo largo del siglo xix y se ha hablado más de las guerras. Aunque existe un trabajo muy pertinente al respecto (Camacho *et al.*, 2018), de todos modos, con el cierre de la Guerra de los Mil Días no hubo en realidad una desactivación de los odios bipartidistas, por más que se intentó reconciliar a nivel nacional al país bajo los gobiernos de Rafael Reyes (Quinquenio, 1904-1909) y de Carlos E. Restrepo (Republicanismo, 1910-1914).

De 1914 a 1930 volvieron a dominar los conservadores, y entre 1934 y 1949 los liberales, hasta la subida

al poder de Laureano Gómez, y de nuevo la violencia reciclada de épocas anteriores se desató en el país durante los años cincuenta con acentuada intensidad cuando se produjo el asesinato del líder popular Jorge Eliécer Gaitán el 9 de abril de 1948.

¿Por qué es importante rememorar los 120 años de la Guerra de los Mil Días? Ante todo, porque conocer y comprender la confrontación armada le posibilita a los lectores, a la luz de la actualidad, entender las violencias sucesivas de nuestro país. Por otro lado, porque nos brinda algunas de las claves para explicar cómo se ha forjado nuestra nación, incluso nuestras ciudadanías, y más allá de las argumentaciones jurídicas y políticas que incitaron al conflicto armado nos ayuda a comprender nuestra cultura política y nuestra idiosincrasia. Aún más, leer la historia y discutir con ella nos brinda algo de cultura, de información y de formación para tener cierta conciencia de nuestra nacionalidad e identidad y de ese modo, al elevar nuestro conocimiento del pasado, podremos aportar con mayor calidad en las ideas y en la argumentación, en especial como objetivo central de la formación ciudadana y como actores principales de la enseñanza y el aprendizaje de la educación superior.

Por lo anterior, el objetivo de este escrito no es repetir lo que las páginas de la historia oficial han expresado sobre la Guerra de los Mil Días —en adelante GMD—, reiterar lo trillado y recabar sobre lo conocido. Los propósitos de estas líneas, por el contrario, se centran en invitar a los lectores a con-

² Una de las obras primordiales y de consulta obligada sobre la conflagración armada de fin del siglo xix es el libro del profesor norteamericano Charles Bergquist (1999). *Café y conflicto en Colombia (1886-1910). La Guerra de los Mil Días. Sus antecedentes y consecuencias*. Banco de la República-Áncora.

frontarse a sí mismos en su calidad de ciudadanos, en su conciencia histórica y, fundamentalmente, controvertir la historia oficial, la tradicional, cuyos relatos se centran en los actores armados, en héroes patrios y en esencia en hombres con alcurnia, lo que quiere decir en personas que son de las clases altas, que han dominado y tienen el poder y son, por lo general, blancos.

El motivo central de este escrito es reflexionar sobre el significado que la guerra tuvo para el país en su momento y debatir sobre algunos de los temas y contenidos empleados por la historia oficial, con la intención de destruir algunos de los lugares comunes y trillados que no permiten una mirada alternativa y diversa sobre nuestro territorio. El propósito, entonces, es recordar la GMD, pero con un lente diferente y desde otras orillas, de modo que los lectores puedan acceder a una ilustración de nuestro pasado y a su vez puedan interrogarse por el lugar que ocupa en nuestra historia (y en nuestro presente, claro está).

Una explicación sucinta y corta diría que la GMD fue una conflagración bélica de un sector del liberalismo colombiano del siglo XIX (los guerrilleros liderados por Rafael Uribe Uribe y Benjamín Herrera) y de otro sector que en ese entonces gobernaba, el de los conservadores (los nacionalistas de la regeneración liderados por Rafael Núñez y exclusivamente por Miguel Antonio Caro). Se llama de los mil días porque empezó el 17 de octubre de 1899 y finalizó el 21 de noviembre de 1902; para ser exactos, más de mil días. La disputa armada se dio por el hecho fáctico de la elección en 1898 que llevó a la presidencia

al bugueño Manuel Antonio Sanclemente, político octogenario, quien manipulado por el intelectual católico y ultramontano Miguel Antonio Caro accedió y se prestó a ser el títere puesto allí para darle continuidad al proyecto de la Regeneración, que se había impuesto como régimen político tras la guerra de 1885 (España, 1885), que literalmente derrotaba a los liberales de la Constitución de 1863 (concebida y firmada en Rionegro, Antioquia) e impuso una nueva carta, centralista, ultracatólica y presidencialista, con inclinaciones despóticas y tiránicas.



Figura 1.1 Soldados marchando (y la mujer en la guerra)
Fuente: Uribe (2000).

Para conjurar esa prolongación de la Regeneración, los liberales que fueron desterrados del terreno político de la nación desde 1885 denunciaron, a través de la prensa primero, y en el parlamento, los abusos de poder, los excesos y las arbitrariedades que los líderes de la regeneración en cabeza de Núñez, Caro y Carlos Holguín cometieron en una década y algo más de dominación, y, al mismo tiempo, demandaron garantías democráticas en el ejercicio político y ante todo exigieron participación real, amplia y efectiva en el poder político. El fraude electoral, la corrupción administrativa, la malversación de recursos, la censura, la tiranía y el despotismo del Ejecutivo, la falta de equilibrio de los poderes, la ineficacia fiscal, el prevaricato, el nepotismo y una crisis económica mundial por los efectos de la caída de los precios del café (producto de exportación en auge en esos tiempos en el país) (Palacios, 2002), planteó a los liberales el dilema de si luchar por el restablecimiento de los derechos democráticos o alcanzar esos derechos mediante el alzamiento armado.

Proclamas, cartas, manifiestos, alianzas, acuerdos y pactos, conatos de rebelión, protestas y movilizaciones ciudadanas expresaron el clima de conflictividad del país junto a un ambiente de complots, conspiraciones, conjuraciones, golpes de Estado, secretos, además de transfuguismo porque fue habitual y común, —los dos ejemplos épicos del siglo XIX fueron el mismo Núñez, quien fue liberal radical y se convirtió en el Regenerador, y José María Samper, quien profesó ideas liberales radicales y en sus últimos

días defendió las ideas conservadoras—, y aunque hubo además muchos moderados, liberales pacifistas y conservadores transigentes, lo cierto es que el estado de postración y de inestabilidad política, como consecuencia de las medidas jurídicas y políticas de los gobiernos de la Regeneración, incitó al sector de los jóvenes liberales a decretar la guerra en 1898.

Con el golpe de Estado del 31 de julio de 1900 (Bushnell, 2007) se sustituyó al octogenario Sanclemente y subió al solio presidencial el bogotano José Manuel Marroquín, quien inicialmente había propuesto conciliarse con el sector liberal; este se retractó estando en la presidencia e intensificó la mano dura contra los liberales alzados en armas, colocó en el Ministerio de Guerra al siniestro Arístides Fernández, llamado por el poeta Julio Flórez (encarcelado y expatriado a Costa Rica) el «Chacal de la patria», lo que produjo que se atizara el aire de degradación y decadencia política en Colombia, de persecuciones, ejecuciones extrajudiciales, desplazamientos, exilios y desarraigos de los liberales del país. Todas esas circunstancias extendieron la guerra más allá de lo presuestado, porque los liberales creían, pese a sus precariedades en el Ejército y las armas, en la financiación y en el apoyo popular, que sería corta y fugaz la contienda, y sucedió que se convirtió en una confrontación sinuosa y desgastante no solo para los armados, ya que también para los desarmados fue tortuosa y hasta denigrante en sus vidas.

Lo anterior es el relato sintetizado, pero es la narración de los vencedores, desde la historia oficial, porque justamente las voces de los de abajo siempre se olvidan y hasta se ignoran. Por ese motivo es que este escrito hace justicia a los siempre olvidados de la historia, a esos otros y otras, las otreras, marginados y excluidos en sus voces, en sus existencias y en sus acciones en la historia de nuestro país. Se escucha de modo común que «la historia no la hacen los de abajo,

la historia se hace desde arriba»; eso afirman quienes por dos siglos han estado en las altas esferas del país y han ocupado los altos cargos directivos y de decisión de nuestra nación. Ese modo de ver y de considerar la historia sigue operando en la actualidad, y lo más vergonzoso es que circula y se divulga en algunas de las aulas de las universidades públicas colombianas.



Figura 1.2 Los niños de la guerra
Fuente: Uribe (2000).

¿Pero qué explica esta percepción de la historia? Desde los inicios de nuestra vida republicana se ha creído que los guerreros armados son la esencia de la patria, que son los protagonistas de la construcción de nuestra nacionalidad y que los ciudadanos comunes y corrientes, los de a pie, son los actores subsidiarios de la acción de esos que son llamados héroes patrios. El sociólogo norteamericano Ch. W. Mills, en el capítulo titulado «Sobre política», en su libro *La imaginación sociológica*, planteó, entre otras

ideas, el modo en que las humanidades (todas) deben enseñar historia y propiciar en la universidad una elevación de la conciencia histórica para revertir el prejuicio según el cual los poderosos y las clases altas son los protagonistas que deciden sobre nuestras vidas y no nosotros.

Y es que, precisamente sobre la GMD, la historia oficial y tradicional se dedicó a resaltar el papel de los actores armados, los militares prevalentemente, y a no poner sus miradas en la gente del común, cómo sus vidas fueron cambiadas y hasta destruidas. Pero hay más. Una historia que exalta a las elites, a los hombres, a los armados y a los blancos, tiene como espejo infravalorar las masas, las mujeres, las letradas y los letrados, preferiblemente las y los inconformes y críticos, y los más variados colores de piel, afros, mestizos, indígenas, entre otros.

De algún modo se puede reflexionar al respecto. Las otras y los otros han sido premeditadamente ignorados, excluidos, despreciados, aniquilados del papel impreso, porque de ese modo se ha validado, legitimado y se ha divulgado una verdad, la de los vencedores, y se ha impuesto con argumentos desviados, en su mayoría, que son los herederos naturales quienes a un mismo tiempo deben dominar y ejercer el poder, pero también escribir la historia, y son ellos (los vencedores) quienes han de ocupar las sillas, los escritorios de los cargos públicos donde se toman las decisiones. Lo curioso es que algunos profesionales de la historia que no son elites y vienen desde abajo, de las clases populares, reescriben la historia de Colombia con el ánimo de ensalzarse con las clases dominantes, con las elites y con las clases denominadas de las altas esferas de nuestra nación.

Las *otredades* no aparecen porque, por lo común, los que tienen la dominación política o han controlado las diversas formas de poder, a saber, el político, el económico, el social

y obviamente el cultural, fomentaron un modo (el único consideran ellos) de narrar la historia, asegurándose para ello de manipular las fuentes (seleccionando lo que les interesaba publicar) y, ante todo, restringiendo de modo antiético e in-moral las versiones o los relatos de esos otros y otras que anónimos, invisibilizados, premeditadamente callados, silenciados, borrados de cierto ámbito público, se les ha opacado, se les ha vulnerado en sus voces y en sus acciones.

De ese modo, entonces, esa historia (parcializada y a medias) se convierte en mito, porque los seres humanos que se seleccionan y privilegian para narrar y representar los acontecimientos que han constituido en parte nuestra personalidad histórica, son retratados y descritos como leyendas, y la leyenda tiende, por lo general, a exagerar y a mentir, pero sirve como recurso o dispositivo de poder, ya que de ese modo los ciudadanos de a pie convertimos a nuestros congéneres y compatriotas en mesías, salvadores, los idolatramos, los adoramos en los altares de las cátedras, de las cartillas y los cursos donde se enseña la historia desde la primaria hasta la universidad.

La GMD no ha estado exenta de las anteriores apreciaciones; como uno de los tantos conflictos armados del país, se narra bajo la óptica tradicional de la historia oficial, sin que sea posible ampliar la mirada a los otros y las otras desde nuevas ópticas reflexivas, analíticas y bajo la perspectiva de nuevos diálogos disciplinares. Y ha sido contada como la más idigna de las guerras que se dieron en Colombia durante el siglo XIX, excepción hecha de

lecturas como la de Carlos Eduardo Jaramillo (1991), primordialmente, Darío Mesa (1984), en parte Álvaro Tirado Mejía (1976) y con justeza Gonzalo España (2013); de resto, se ha caído siempre en lugares comunes.

Es demandable empezar a hacer una *contrahistoria*, una historia alternativa que empiece por incluir a otros protagonistas que se han omitido o que nunca se pretendieron incorporar. En la GMD las mujeres, los niños, los curas, las comunidades étnicas, los grupos sociales y familiares de provincias, de algunas regiones periféricas y también personas de las fronteras limítrofes del país, tuvieron una incidencia no menor a la de los militares. De hecho, la guerra comenzó por las ciudades de Bucaramanga y Cúcuta, se extendió al interior del país con las guerrillas y al norte de la costa, incluyó a Panamá, y se involucraron países como Venezuela, Ecuador, Nicaragua y otros de Centroamérica.

Lugares comunes han existido sobre esta guerra que ha sido la más degradante y desastrosa de todas las que hubo en el siglo XIX colombiano. Pero cabe la pregunta: ¿qué guerra no es degradante y desastrosa?, ¿qué conflicto armado no ha rebajado la especie humana? Desde otra perspectiva, se ritualiza la guerra con argumentos que son realmente vergonzosos y hasta comprensibles a la luz de lo que se practica y enseña en las universidades colombianas, se arguye, por ejemplo, que el subdesarrollo y el analfabetismo fueron las causas primordiales y perennes, como si no hubiese otra posibilidad de repensar los conflictos armados. Todavía se escucha de las violencias de hoy el argumento de la pobreza y la miseria, ¿y por qué no hablar que la manera como las elites han dirigido y manejado el país es una de las causas? ¿Por qué no plantear que los modelos de desarrollo y de sociedad que se han impuesto en nuestra nación por las clases poderosas es lo que ha generado las

violencias que se disparan en todos los escenarios, incluida la universidad?

Ha existido un desprecio por el ciudadano anónimo y en el lente común los guerreros armados son héroes intocables que hay que idolatrar. Hasta el día de hoy, en nuestro país, por ejemplo, hay una superstición por los guerreros armados y el común de la gente (e incluso entre letrados y universitarios), y hay un desprecio, olvido e indiferencia frente a los guerreros letrados. Un país que reverencia a los guerreros armados y su nación en general ignora y no se apropia de sus guerreros letrados y letradas es un país que convierte en fetiche muchas violencias. Hay que repetirlo, cuando los ciudadanos desconocen sus héroes pensantes tienen una inclinación a ensalzar y glorificar a sus guerreros armados, en sus más variadas formas de realizar y acentuar las violencias.

Ahora, lo cierto es que nos proponemos, a partir de los anteriores argumentos, invitar a los lectores a leer de otro modo, a cavilar y a repensar nuestra historia desde otras ópticas y desde otros actores, espacios, tiempos y escenarios. Una universidad como la Universidad de Antioquia, que presume de creativa e innovadora debe, y es una exigencia moral, repensar nuestra historia, la de Colombia y América Latina, pero seguimos atados al imperio del colonialismo cultural en el sentido que sabemos más de lo foráneo y ajeno y conocemos menos de lo propio. A la superstición de lo extranjero, como diría el antioqueño universal Baldomero Sanín Cano, que domina la enseñanza universitaria de nuestro

país, frente a la cultura impresa colonial, hay que establecer un dique, o antídotos para incentivar un diálogo, un rescate y la revaloración de nuestros letrados y letradas, pero para ello los docentes deben asumir una mínima tarea, empezar a desprejuiciarse ellos mismos.

Desprejuiciarse porque son los primeros que deben destruir las taras que nos anclan y nos enquistan en la manera de enseñar y aprender, por eso no se ha podido renovar e innovar en nuestros espacios universitarios, porque los profesores y las profesoras de algunas décadas, y los de hoy, desprecian la historia nuestra, y a ello se debe su mirar siempre de modo unidimensional, y no en sentido democrático, diverso y plural. Los profesores y las profesoras de la universidad somos los primeros convocados a desprejuiciarnos, y mientras eso no suceda en la Universidad de Antioquia cualquier política y discurso de modernidad, modernización, de avance, progreso, de democracia y de racionalidad pública se estrellará y se estallará ahí mismo, porque quienes enseñamos somos los primeros que debemos asumir una autocrítica sobre la manera en que leemos la historia (si acaso se lee) y somos los primeros llamados en revertirla en términos de reflexión, análisis y pensamiento.

Pero es muy raro que los profesores y las profesoras de la universidad pública se dediquen y tengan interés en la historia, esto es, en su agenda, porque hay prioridades más perentorias e importantes, porque en su cuaderno diario hay otros temas y problemas, es prioridad resolver los acontecimientos y sucesos del día, y es infructuoso dedicarse a problemas del pasado porque eso significa perder el tiempo. Esa actitud, común y corriente, ese desprecio por la historia está amparada en una indiferencia por el pasado, a la luz del aplastamiento de las actividades y labores del presente, por las preocupaciones de lo inmediato y por

una concepción, según la cual, «lo que pasó, pasó», como dice una canción de reguetón. Renovar los currículos universitarios implica desprejuiciar a los profesores en su formación y en su cultura política e histórica, porque de nada sirve, es absolutamente inútil, la renovación de un pénsum, de sus objetivos y de sus presupuestos pedagógicos si el sujeto que enseña no se transforma.

Y valga señalar que se debe empezar con lo propio, con la cultura histórica de cada profesor y profesora, porque se puede dictar clase con cierta especialidad en los ramos de las ciencias sociales y humanidades, en la filosofía y la ciencia política, pero esas clases, por más experticia con que se dicten, serán desvalidas, serán vacuas y serán incongruentes ante públicos y auditorios de estudiantes que dejaron de conocer nuestra historia ya hace casi cinco décadas debido a la supresión de las clases de historia en la educación básica. Es algo absurdo decir que «quien no conoce la historia tiende a repetirla», porque «quien no conoce la historia justamente no sabe si la repite por desconocimiento».

Lo cierto es que los profesores y las profesoras pueden ser muy expertos y especialistas en sus ramos y campos de conocimiento, pero sin diálogo con la historia propia, el fracaso de la educación superior será más estruendoso y será menos posible suturar los cambios generacionales que se producen, por el ingreso de jóvenes que ignoran ampliamente nuestro pasado y por docentes que dictan clases más de espaldas a nuestro pasado, aplastados, según ellos, por un eterno pre-

sente circunstancial que se torna fugaz y vacuo. Al no tener interés ni conciencia de lo que se enseña sobre nuestros problemas como nación y como territorio forjado políticamente se destruye el espíritu de la Alma Mater. La argumentación y el diálogo entre lo que enseñamos y nuestro pasado como país es un camino, quizás el más perentorio que tenemos, para poder analizar de qué modo salimos de las violencias que en la actualidad consumen, deterioran, degradan y destruyen la universidad y la sociedad colombiana.

Pero será imposible renovar, valga reiterarlo, si los profesores y las profesoras no se quitan el prejuicio según el cual, tener un poco, solo un poco de cultura histórica de nuestro país es el primer paso para revitalizar y enriquecer el sentido del estudio universitario, porque si hay tal intención de desprejuiciar, el docente (hombre y mujer) tendrá que indagar, investigar, preguntarse, reflexionar y analizar, y para ello, para renovar, para innovar, para modernizar, para desarrollarse, para progresar y avanzar (no solamente en términos curriculares) es necesario acceder a fuentes, a bibliografía, a libros; de modo que una *contrahistoria* alternativa, diversa, plural y democrática exige el acceso a fuentes, y esas fuentes son material impreso que circula en epistolarios, memorias, autobiografías, discursos, manifiestos, fotografías, mapas, entrevistas, congresos, cátedra, notas de viaje, prensa, revistas, caricatura, humor gráfico, en fin, en lo que podríamos decir son las fuentes para una historia intelectual (Altamirano, 2008).

Pero es muy difícil decirle al ciego que vea, y que puede ver con otras herramientas, cuando no quiere ver, no desea ver, porque seguir siendo ciego es una comodidad. Una universidad plural, diversa, alternativa, democrática, exige desprejuiciar a otros actores, como los directivos burocráticos de las unidades académicas, quienes, por

ignorancia o tozudez, son los más renuentes a impulsar y estimular la cultura histórica como esencia de la formación universitaria. Esta casta burocrática, apelando a normas y a leyes dictadas por el Estado (círculo vicioso), siempre apelando al utilitarismo y pragmatismo neoliberal y de la globalización, es la que se torna en la más recalitrante con el conocimiento de nuestra historia, de las humanidades, arguyendo lo inservible y no pragmático (práctico) del saber en clave del pasado.

Ciencias técnicas y prácticas se oponen a las ciencias humanas clásicas y modernas, lo que es otro de los prejuicios, y se tiende a interpretar de modo errado lo práctico, porque cristalizan, definen unilateral y unidimensionalmente lo útil, creen que el saber es como la herramienta de un mecánico que resuelve problemas inmediatos, es decir, los más necesarios y urgentes del mercado, pero no entienden (y no quieren entender) que no es lo único que se debe resolver en el proceso de formación universitaria y que hay otros problemas prácticos que van más allá del mercado, por ejemplo, construir democracia y formar ciudadanos modernos, plurales, ilustrados, tolerantes, razonables y capaces de debatir y de discutir con altura y con ideas y argumentos, eso sí es práctico a corto y largo plazo, pero esa otra universidad hace décadas murió en la UdeA.

El caso es que para algunos miembros de la comunidad universitaria el estudio de la música y política (responsable, disciplinada y éticamente dictada), arte y política, caricatura y política, humor y

política, gráfica crítica y política, literatura y política, no son campos, temas y contenidos de conocimiento válidos, legítimos, consistentes y sólidos, se los tiene por subsidiarios, y además se califican como saberes circunstanciales, casi de *hobby* y entretenimiento. Asimismo, asuntos como el de la prensa y política, revistas y política, que son fundamentales para la historia intelectual, se califican con una mueca de desprecio.

Por poner un ejemplo, hace años la sociología de la cultura, de la comida, de los vestidos, la microsociología, mal llamada sociologías especiales, se tenían por ripio o por rellenos de las sociologías que algunos prejuiciados consideraban como duras o clásicas. Este tipo de concepciones que son prejuicios y taras superinstaladas en la universidad y que circulan en comentarios y en rumores, porque no se da un debate abierto y serio al respecto, llega a las instancias burocráticas de quienes administran, y en esa espiral, cualquier propuesta de innovación, de creatividad y de modernidad termina desechada y hasta rechazada con sorna y burla.

Un capítulo aparte de la historia oficial. Mujeres, conflictos y nación en Colombia, a propósito de la GMD

Se ha narrado que la GMD fue brutal, degradada, y que con ella se dio la última conflagración bipartidista del país, lo que no es preciso, porque las claves para comprender la violencia clásica y las muchas violencias hasta la actualidad en Colombia se hallan entre 1899-1902, de ahí que no fue la última, ya que se prolonga hasta la actualidad. De hecho, la polarización y el extremismo que se ha vivido en el país, atizado por los gobiernos que nos dirigieron en el 2002 y 2006, sus huellas y su genética, están cifradas en la de los Mil Días.

Esta guerra no se produjo en un día, hora y momento específico, ni se puede considerar que fue una confrontación lineal, de dos bandos. Entre otros planteamientos, es cierto que, en 1902, en la Hacienda Neerlandia y en el *Wisconsin* se firmaron sendos pactos de paz, armisticio y reinserción, pero desde octubre de 1899, cuando se produjo el grito de guerra por los liberales belicistas, hubo inmediatamente una variedad de intentos de paz, tal y como lo investigó Carlos Eduardo Jaramillo en su libro *Los guerrilleros del novecientos*, una obra icónica y una de las más completas y detalladas sobre la GMD. Volveremos más adelante a dicho texto que debería ser obligatorio para cualquier ciudadano y que pertenezca a la comunidad universitaria.

Al cumplirse los 120 años del final de la conflagración armada, es muy pertinente volver a leer ese pasado para comprender nuestra actualidad plagada de nuevas violencias diseminadas en las periferias y fronteras por los extremismos y la polarización, por la intolerancia, el rencor, la venganza, el revanchismo, el odio y una prolongado resentimiento individual y colectivo. En lo sucesivo, trataremos de ubicar a los lectores, para poner un ejemplo, en la importancia que las mujeres tuvieron en la GMD como un ejercicio de *contrahistoria*, e invitarlos a pensar desde la diversidad y lo alternativo.

En el capítulo titulado «De las llamas al rescoldo» del libro ya citado de Carlos Eduardo Jaramillo (1991, pp. 332-368), es perceptible cómo al

vaivén de los diálogos de paz, los armisticios e indultos se dieron ejecuciones extrajudiciales, desapariciones, destierros y exilios en la GMD, así como también justicia por mano propia contra los insurgentes. La dirección de la guerra en el bando liberal no tuvo una coherencia entre la dirigencia liberal (la de los generales) y las guerrillas que se fueron formando a raíz de la incapacidad de establecer formas de disciplinamiento y de orientación militar. Al desgaste de la guerra y de los fracasos de los guerrilleros liberales en los campos de batalla, cada vez más diseminados y fragmentados, en 1902, los militares dirigentes liberales capitulaban ante los conservadores de la regeneración y los grupos armados liderados por Rafael Uribe Uribe en contra de la voluntad de Benjamín Herrera que se hallaba en Panamá, y convinieron dejar la lucha armada y consensuar con el gobierno conservador de José Manuel Marroquín (1900-1904).

Con los acuerdos de paz decretados se cerró el siglo XIX en Colombia y se entró al siglo XX, y en el anterior sentido, las consecuencias de la conflagración fueron la pérdida de Panamá el 3 de noviembre de 1903³ y la llegada al solio presidencial del militar comerciante boyacense y conservador Rafael Reyes (1904-1909) (Lemaitre, 1981). Pero antes de llegar a 1902, es menester decirle a los lectores que el libro de Jaime Eduardo Jaramillo *Los guerrilleros del novecientos* es una obra de obligada lectura porque, a diferencia de otras que abordan el suceso bélico, allí se incluyen temas sobre la guerra que parecen inusitados y hasta baladíes. El título del libro puede despistar a los lectores, *Los guerrilleros*, pero no es propiamente una historia del movimiento armado li-

³ Véanse Dodd (1985), Lemaitre (1971) y Terán (1976).

beral, de los combatientes irregulares, es una investigación exhaustiva de la GMD que incluye al Ejército del régimen conservador.



Figura 1.3 La guerra civil en Colombia, una lutte chevaleresque
Fuente: Uribe (2000).

El libro está compuesto por prólogo, introducción, quince capítulos, anexos y una amplia bibliografía. El relato es claro, nítido y comprensible para todo público. En la narración aparecen los otros y las otras, las otredades, que como se ha indicado no asoman en la historia oficial, en especial las mujeres, los niños y algunas comunidades étnicas, afrodescendientes e indígenas. Otros aspectos relevantes para los lectores, y que no son tenidos en cuenta en la historia oficial, son la conformación de los armados irregulares, en las zonas regionales, fronterizas y provinciales, los recursos y la financiación de la guerra, las estrategias y tácticas de los ejércitos regulares e irregulares,

el espionaje, las desertiones y los ascensos, las armas, desde el garrote, el machete y la dinamita, el reclutamiento, el alcoholismo, los hospitales y la enfermería, las pestes y la salubridad, las canciones, los versos y refranes, la intervención internacional, el papel de la Iglesia y el clero, los procesos de diálogo y de paz, los mapas que incluyen datos de batallas y las listas de guerrilleros.

En esa misma dimensión es pertinente citar los libros de Gonzalo Sánchez y Mario Aguilera (2001), una obra que contiene un mosaico de temas que involucran en un amplio espectro las causas y consecuencias de la guerra en la sociedad colombiana desde la vida cotidiana hasta la vida social y política en general. Los lectores podrán encontrar en esas otras narraciones históricas a Aída Martínez Carreño (1999; 2001), quien redescubre las dimensiones de la guerra a partir de algunos testimonios personales de gente común que se vieron involucrados en la contienda armada en un diálogo entre lo íntimo con los vaivenes políticos. Álvaro Ponce Murriel (2000) se dedicó a rescatar las voces de la Iglesia, que en algunos casos se olvidan, incluso al saber la importancia y la injerencia que tienen en la vida del país, pues los clérigos, en sus más diversas jerarquías, tuvieron un papel sustancial en la GMD. Por otro lado, hay que escuchar las voces de los propiamente militares, para lo cual resulta pertinente leer el libro de Guillermo Plazas Olarte (1985), quien reconstruye la conflagración enfocada, sobre todo, en analizar el papel del Ejército conservador de la Regeneración, y hay que agregar el librito de Sabas S. Socarrás (1977) acerca del general Sabas Silvestre Socarrás Baleta.

Es recomendable leer el capítulo titulado «Las juanas y los niños de la revolución», de Jaramillo (1991, pp. 60-101), para entender un aparte de las narraciones que son comunes de la historia oficial. En sus páginas, el autor invita a

reflexionar sobre el papel lamentablemente olvidado e ignorado de las mujeres y los niños en las contiendas armadas de nuestra nación, no solamente como víctimas, sino como protagonistas. Jaramillo describe los diversos roles y las funciones que los niños y las mujeres asumieron en la conflagración bélica, y admite que no fueron accesorios ni superficiales. Analiza cómo se involucraron en la lucha (en ambos bandos) y procura desmontar muchos prejuicios sobre el papel femenino y de la niñez, que para el caso de las mujeres las ubican simplemente como damas de compañía (siguiendo a sus esposos o amantes), como enfermeras y como cocineras, las más de las veces.

No obstante, ellas fueron guerreras armadas (soldados rasos e incluso de alto rango), informantes, conspiradoras, se dedicaron al espionaje, hacían de medios de comunicación o de transporte (llevando armas, enseres, remedios, víveres), fueron estrategias y supervisoras, montaron hospitales ocasionales y acudían a los heridos, a los desvalidos, también hicieron de meretrices y fueron vendedoras informales, pero así como tuvieron una participación directa, fueron castigadas, reprimidas, torturadas, fusiladas y afrontaron el escarnio público.

En un mundo machista y patriarcal, los niños y las mujeres se abrieron paso en la contienda y constituyeron parte esencial de un engranaje en el que al final, pese a su carácter protagónico, fueron olvidados y despreciados, como se colige del análisis de Jaramillo:

Sobre la participación femenina en la guerra es difícil aventurar una cifra. Para el caso de

aquellas que sirvieron de apoyo logístico, cualquier esfuerzo es vano; para las que marcharon con las tropas o hicieron parte de ellas, han quedado algunos datos que permiten hacer aproximaciones que las sitúan entre el 6 % y el 22 % de las fuerzas en campaña (pp. 73-74).

Y en el caso de los niños afirma:

Finalmente podemos decir que los niños soldados y los niños guerrilleros abundaron en ambos bandos y aportando más valor y temeridad que inteligencia para la lucha, pusieron una importante cuota de sacrificio, que no hizo más que continuar, en la GMD, una ya vieja tradición en nuestros conflictos internos (p. 79).

El caso de Quiteria de Rebolledo: una matrona piadosa y una civil militarizada católica

El reclutamiento fue forzoso en algunos casos y en otros fue voluntario. En 1899 se publicó la novela *Luterito o El padre Casafús* de Tomás Carrasquilla. Justamente el año en que comenzó la GMD. El cuento histórico político se enfoca en reflexionar sobre las vicisitudes de la contienda armada que se conoció como la Guerra de las Escuelas, que se desarrolló en 1876 a causa de las reformas liberales que se habían impuesto a través de la Constitución de Rionegro de 1863 en que se promovió la educación laica y gratuita (Rausch, 1993) mediante la edificación de las Escuelas Normales (Helg, 1987). A partir de esa lectura se podrán ubicar los lectores para poder dimensionar lo que fue la conflagración armada de finales del siglo XIX. El relato estético político plantea un cruento interrogante. ¿Es posible la libertad de opinión o de conciencia en una sociedad en conflicto o en guerra? El relato se desarrolla en un pueblo no ficticio (San Juan de Piedragorda) en medio de las disputas o contiendas entre liberales (rojos) y conservadores (azules) (Delpar, 1994).

La destreza de Carrasquilla en dicho cuento histórico es desvelar asuntos de la historia política del país que de modo explícito o subrepticio hacen parte de nuestras costumbres y de nuestra cultura política. Por un lado, el énfasis en el relato acudiendo a los modismos de los antioqueños constituye una riqueza del libro. A cada trazo de *Luterito* los lectores se toparán con un lenguaje vernáculo, propio de las gentes antioqueñas bajo el ambiente campesino (pueblerino será mejor decir) de estas tierras del país. De modo que Carrasquilla se esfuerza por acudir con versatilidad al regionalismo lingüístico —de los antioqueños—, con la intención de criticar con ironía su carácter y mentalidad, pero, ante todo, su intención, con esa exigencia literaria, es hurgar en el alma y en la esencia de la identidad regional, bruscamente sellada por la connivencia entre religión y política.

El recurso literario del énfasis en los modismos antioqueños constituyó un arma extraordinaria del cuento, toda vez que para la época la elite conservadora de la Regeneración impedía que las lenguas vernáculas fueran valoradas por el dominio que esta casta política impuso mediante un castellano rancio e hispánico. Presumiblemente, la narración con el énfasis vernáculo constituyó en Carrasquilla una manera de confrontar al poder de los gramáticos conservadores. Para esta época, el poder político en el país fue controlado por familiares y por amigos que pertenecían a las rancias familias conservadoras (Caros, Cuervos, Holguines, Rivas Groot, Valencias), en especial quienes sabían latín y eran gramáticos, como lo investigó Malcolm Deas (1993).

Uno de los personajes centrales y más destacados de la obra es Quiteria Rebolledo de Quintana, mujer belicosa que representa el sector antioqueño ultraconservador, godo, profundamente dogmático en religión, intransigente e intolerante, piadosa e íntegramente fanática y militante católica. Su incapacidad para la tolerancia es descrita paso a paso por Carrasquilla, su imposibilidad neuronal, física, cultural y psicológica para convivir con los liberales, los otros, los diferentes, los contradictores, es magistral. Quiterita es la matrona del pueblo, organizó el Batallón Pío IX, realizó bazares, reuniones, reclutó la gente conservadora del pueblo, consiguió armas y vestidos, comida, pero, ante todo, su visión del mundo se sintetizó en tres palabras: «Antioquia, patria, religión», valores incuestionables de su existencia.

La capacidad de reclutar fieles y adeptos a la causa conservadora de la religión durante la Regeneración, la energía invertida para organizar un ejército civil armado en el pueblo, constata de qué modo la mujer se inmiscuyó en los conflictos del país. No fue que ella estuviera siempre relegada y recluida en el hogar o la cocina, ya que fue partícipe y copartícipe, en ocasiones como abanderada ideológica, como reclutadora y reclutada, como acompañante en las actividades de enfermería, auxiliadora, informante, hasta con toda seguridad consejera y conspiradora. De modo que las mujeres tuvieron una intensa actividad en las guerras y los conflictos, y así fueron, en el caso de Quiteria, guerreras armadas y letradas por parte de la línea conservadora, que si bien era poco ilustrada. No obstante, pese a sus pocas luces ejerció una autoridad por su posición social en el pueblo, por su capital y por su ascendencia familiar, respetable y honorable, por sus principios y convicciones incuestionables que se fundieron en el grito de patria y religión.

Lo que se resalta de esta mujer, actriz principal de la Guerra de las Escuelas, es lo que representa en el contexto

territorial del país, la intolerancia que no necesariamente lleva armas de fuego, pero sí el arma del lenguaje, uno simple y constreñido, fogoso y encendido, el del antiliberalismo de la época, absolutamente imbricado de odio y resentimiento frente a todos aquellos que no comparten o, mejor, no comulgan con su idolatría, la religión católica y la regeneración conservadora de Caro y Núñez. Al simplificar el lenguaje, los adversarios pierden sus cualidades humanas complejas, se arrincona la complejidad, se la reduce y se la extirpa, y al disolver la complejidad el contradictor (adversario) se transforma en un ente sin propiedad, se le califica bajo artificios, se le congela como una entidad inhumana, fácil de atacar y de destruir. Cuando el lenguaje se complejiza hay opciones de debatir y de discutir, pero al simplificarlo no hay otro humano para disentir y se le altera como cosa que puede ser violentada mediante las reacciones emotivas y mediante las palabras que enmudecen.

Por eso Quiteria representa en la sociedad colombiana la reducción al máximo del lenguaje y la destrucción de la política y lo político como espacio de reflexión, argumentación y análisis; es una manera reactiva como aquella otra que exalta con cualidades extraordinarias y excepcionales, creyendo o mejor suponiendo que hay un mesías y un salvador. Nada es tan peligroso y amenazante en la sociedad como la reducción y simplificación en el lenguaje frente al adversario y el contradictor, y, en la misma magnitud, la exageración, el abuso y la exaltación con cualidades que no le corresponden, tanto a quien

se considera enemigo como a aquel otro al que se le rinde culto como líder o como dirigente. Por lo anterior, demonizar y al mismo tiempo divinizar mesiánicamente es tan dañino y pernicioso porque se derivan en los extremos y en la polarización y eso destruye lo público, el debate público, la democracia.

Desde 1870 se reprodujeron las Quiteritas en la sociedad colombiana, las que como esporas se expandieron por el territorio nacional con un romanticismo reaccionario, antiliberal, *antiilustrado* y antidemocrático, quienes, con el lema de Dios y Patria, defendieron sus acciones y pretendieron incendiar como cruzada al país, para extinguir y extirpar todo aquel o aquella que fuera diverso, diferente y que representara las ideologías contrarias al conservadurismo de la Regeneración. A la par que se inoculaba la mentalidad intolerante del conservadurismo con los tintes de la religión católica como ingrediente de odio y de venganza, de resentimiento, en la prensa sus líderes atornillaban hasta fijar indeleblemente la armadura del proyecto de la Regeneración. Así fue como la prensa en el siglo XIX se convirtió no en un espacio de discusión democrática, sino en una herramienta y en arma enardecida de pugnacidad y de confrontación directa.

Precisamente, Caro delineó lo que sería la Regeneración como un proyecto político con la fundación del periódico *El Tradicionista* (1871-1876) (Caro, 1986), y, a través de él, vertió todo su veneno político literario, convirtiendo al liberalismo colombiano en un «enemigo absoluto» que era obligado a destruir empujando a la gente de bien, de buenas costumbres y trabajadora, a los piadosos y católicos ejemplares de esa época, a ejecutar su empresa de exterminio en el territorio nacional. A la cultura impresa se le unió la cultura oral, porque en esos años el analfabetismo era muy alto, pues, según el censo de 1892, el país contaba con 4 183 000 habi-

tantes y sabían leer-escribir casi el 30 % (Melo, 1994 y Poveda, 2013).

Uno de los elementos esenciales de la circulación y de la divulgación de la intolerancia, tratada como elemento indispensable de la mentalidad política de Colombia en el siglo XIX en *Luterito*, fue el chisme y el rumor que constituyeron la base social o conformaron los lazos sociológicos que estructuraron la cultura política de la época. Sin duda, la cultura oral fue el lazo más estrecho e indestructible de la intolerancia en *Luterito*, porque en sociedades analfabetas o poco alfabetas, casi iletradas, como fue el caso de la Colombia del siglo XIX, la imaginación y las representaciones colectivas de la población se estatuyeron a partir de la oralidad, pero de una que carece de información, es decir, contraste de esa información, conversación pública y debate, crítica y confrontación. De boca en boca pasó sin duda el virus antiliberal (y también el anti-conservador) que para este caso en este escrito se enfocó en el cuento histórico político *par excellence* del siglo XIX de Carrasquilla.

Las minorías eran quienes debatían desde la prensa y el parlamento, mientras que las mayorías lo hacían en sus hogares, el púlpito, la plaza, el mercado, el parque, las tiendas y las legumbres. Cultura impresa y oral se mezclaban y una y otra se diseminaron indistintamente en el país, y por ello es importante rescatar desde la otredad a sujetos que han sido ignorados o premeditadamente despreciados, como las mujeres. Al leer el diario *El Tradicionista*, que brinda la versión antiliberal del conservadurismo, es necesario introducirse en otros

impresos de la época, tales como *Papel Periódico Ilustrado* (1881) de Alberto Urdaneta, *El Telegrama* (1886) de Jerónimo Argáez, *El Espectador* (1887) de Fidel Cano, *El Autonomista* (1890) de Rafael Uribe Uribe, *El Zancudo* (1890) de Alfredo Greñas y *El Correo Nacional* (1890) de Carlos Martínez Silva, por citar algunos donde las voces de las elites pueden alternar con las voces de las masas (Castaño, 2002 y Vallejo, 2006).

Es pertinente también leer otros impresos de la época para tener una visión más abierta y amplia de los antecedentes de la guerra y el papel de las mujeres en los conflictos del país, donde aparecieron no solamente los motivos de los conflictos y las causas de las guerras, por eso, los lectores deberían acompañar sus análisis más allá de los textos sesudos de interpretación de la historia, la ciencia política o la sociología con las fuentes literarias que se incluyen en la historia intelectual. Literatura y política es un campo poderoso para construir una *contrahistoria* alternativa y más democrática. Sobre los epistolarios, sería capital leer a José Asunción Silva (1996), y en lo que respecta a los retratos o cuadros de viajes (también llamados de costumbres) son pertinentes para escudriñar la sociedad colombiana, los conflictos y las guerras, más específicamente los antecedentes de la GMD, a Miguel Cané (2005) y a Ernst Röthlisberger (2016).

Retomando entonces, según el relato de Carrasquilla en el cuento *Luterito*, la intolerancia en la cultura oral, escrita, impresa y verbal contuvo los siguientes referentes actitudinales:

¡Abajo la infame oligarquía, abajo el sapismo impío, abajo las escuelas sin Dios! Antioquia la soberana, la agreste soberana, cifra en su fe su orgullo, en su fe su tesoro, su vida. ¿Y pretenden arrancársela los malvados? ¡Qué vengan! —brama el pueblo—. ¡Atrás los pérfidos! —grita el gobierno—. ¡A ellos! Y fuego bélico inflama los corazones; la

fe les exalta y les sublima. Trueno el club y la tribuna. Viento de epopeya silba en las breñas, vibra en las sierras, se desata en los ámbitos. Cada hogar es una fragua, un Sinaí cada púlpito. Surgen los apóstoles, aparecen los evangelistas. Al infinito tiende la mujer bíblica de estas montañas: si es preciso su sangre, también la ofrendará, que vírgenes y mártires la derramaron siempre por su Dios. ¡A la lid las milicias todas del Señor! No es soldado únicamente quien combate en el fragor de la pelea: gloriosas e incruentas se libran con otros héroes y otras armas. ¡Al templo, niños inocentes, desvalidos ancianos, mujeres inermes, al templo! (Carrasquilla, 1980, p. 152).

Esta mentalidad fue la que definió en parte la GMD, por el cierre del espacio político, la persecución y el señalamiento, la vindicación mediante el odio al otro, a la otra, en este caso a quienes pertenecían al liberalismo (y más aún al socialismo o al comunismo), pues no eran considerados ciudadanos, menos aún seres humanos, y por tanto no cabían en el territorio colombiano, porque solamente eran colombianos aquellos que profesaban una fe, una moral, una identidad, una lengua y una creencia, y esos eran los conservadores católicos, todo lo otro era peligro, amenaza, cuando no, la manzana podrida de la sociedad, y ya se sabe qué se hace con los que se califican como la fruta podrida en el redil del costal.

Pero quien dio este giro hacia una sociedad intransigente e intolerante, después de que el país se iba descolonizando de la dura cor-

teza española, con las reformas liberales desde 1848 hasta el año de 1863 que promulgó en Rionegro una constitución moderna, federal (Suárez, 2016) y liberal (Sierra, 2006), fue el bardo hacendado cartagenero Rafael Núñez (Serrano, 1973). Y fue él quien encendió con el cerillo retrógrado y regresivo esta catástrofe bélica cuando volvió al país después de ser cónsul en Liverpool. Núñez, que había sido adepto de las toldas del liberalismo radical, tras su estancia en la isla británica, al presenciar los estragos del capitalismo en las cosmópolis inglesas, se retrajo (o retractó de su liberalismo), y al calor de las lecturas de Herbert Spencer y de Augusto Comte se convirtió (fue un converso como lo fue también José María Samper (Jaramillo, 2020)) en un conservador que tras la guerra de 1885, que derrotó a los liberales, impuso un régimen ultracatólico, despótico, tiránico y conservador.

No obstante todo lo anterior, al parecer, su giro ideológico, o más bien su conversión, se debió a un lío de faldas, su amorío con Soledad Román (Galvis, 2002), por quien se debió su repentino cambio hacia el conservatismo toda vez que eso le facilitaba su divorcio con su esposa anterior y su nuevo matrimonio, por ello firmó el Concordato de 1887 (Sierra, 2002) que restableció las relaciones entre la Iglesia católica romana y el Estado colombiano que se habían roto con la constitución liberal federal, para lo cual basta leer el magnífico escrito de Tomás Cipriano de Mosquera titulado «Carta al papa» (España, 1984), que permite dimensionar esta época de secularización del país. Entonces, Soledad Román y otras mujeres fueron vitales y sujetos incidentes en el país, porque ellas tuvieron una influencia marcada. Según lo mencionan los analistas, en el personaje cartagenero Núñez podemos corroborar este argumento a la luz de la novela histórica de Silvia Galvis, *Soledad, conspiraciones y suspiros*, en la que se reconstruye gran parte del pasado de-

cimonónico del país; una obra esencial sobre los años catastróficos de Colombia.

Otra Soledad figura entre los personajes capitales del siglo XIX colombiano, la librepensadora y feminista Soledad Acosta de Samper (Alzate, 2005), su vida y obra serían una lectura imprescindible para poder rescatar del sueño y del olvido a las mujeres como sujetos ineludibles de nuestro acontecer nacional. Ahora bien, por el espacio de este texto no podemos esgrimir algunos asuntos, los políticos e históricos que esta adalid del feminismo colombiano aportó en cuanto se refiere a la GMD.

En últimas, entonces, la Regeneración, con la Constitución de 1886, de la mano de Miguel Antonio Caro, quien fue un asiduo lector del *Syllabus* de Pío IX (*El Syllabus, explicado al alcance de todos*, 1874), del arzobispo radical antiliberal y extremista Ezequiel Moreno y Díaz (1908) —el Caro traductor de Virgilio y Horacio, romántico reaccionario quien como latinista fundó su conservadurismo en una ideología antiburguesa, anticapitalista y antiurbana, profundamente pastoril contra la modernidad (Gutiérrez, 1989)— y Rafael Núñez, conformaron un binomio que con su régimen político creó el ambiente y la horma que le dio vida al conflicto armado de 1899-1902, como veremos al final; por eso se invita a los lectores que para entender la confrontación bélica de finales del siglo XIX es fundamental acercarse a lo que fue el periodo de los gobiernos conservadores entre 1885 y 1904.

Así que Quiteria y Caro (una semiilustrada o poco letrada, otro gramático, latinista y traductor) se

conjugaron precisamente en el antiliberalismo y en el lema de amigo y enemigo absoluto bajo la consigna «quien no está conmigo está contra mí»:

Y se colma la casa del señor. Nuestra señora de las Victorias es paseada por la capital. Santos milagrosos, vírgenes doloridas, sangrientos nazarenos son sacados de sus nichos y llevados a hombros por las calles y por las plazas. Tócase a rogativa en todas las aldeas; las romerías acuden a todos los santuarios. El clamoreo sube al unísono al Dios de los Ejércitos. No le basta a la piedad las fórmulas imprecatorias de la madre Iglesia: algo más concreto ha menester, y una dama ilustre vierte su corazón y su cerebro en rezo inmortal a Santa Elena. Cunde y se propaga; el ritornelo de los gozos, coreado, declamatorio, oyese en ciudades, aldeas y cortijos: «Dadnos el triunfo completo. De la Cruz del Redentor». No para en esto la antioqueña: bórdanse banderas y escapularios para los héroes cristianos; ensártanse rosarios a millares. Crece el fervor, crece el entusiasmo. Un apóstol levanta estandarte; apellida al pueblo; el pueblo le sigue, y, entre plegarias y clamores. Peregrina hasta allende el Chinchiná (Carrasquilla, 1980, p. 52).

Como presidente del Congreso en 1878, Rafael Núñez había sentenciado el destino de Colombia hasta finalizar el siglo XIX, su frase recordada fue: «Regeneración administrativa o catástrofe». El nervio del debate y, al mismo tiempo, la sabia nutricia de la novela estético política describe con plasticidad una de las contiendas armadas que decantaría tres décadas después los motivos de la GMD. La censura a la prensa (con el artículo K transitorio conocido como La ley de los Caballos, 1888), las restricciones a las libertades, la educación no laica y su monopolio religioso, los impuestos a los comerciantes y agroexportadores del café,

los poderes extraordinarios al Ejecutivo, el fraude electoral, la corrupción, el clientelismo —nombrando en altos cargos públicos a amigos y familiares—, la emisión del papel moneda sin respaldo, el control de la administración pública, el Ejército, y el despotismo cultural que impuso una defensa agresiva de lo nacional y lo hispánico como valores últimos para de ese modo contrarrestar y atacar cualquier influencia cosmopolita y cultural foránea, constituyeron algunos de los derechos vulnerados y conculcados que precipitaron el ánimo de beligerancia y de guerra armada junto a la exclusión y marginación de los liberales (radicales y moderados) del poder político y de la política.

Finalmente, hay que recordar que el padre Casafús fue exigido en medio de esa contienda de la Guerra de las Escuelas entre liberales y conservadores a expresar de qué bando estaba, y dado que apeló a la libertad de conciencia (mediante su silencio) en el pueblo de San Juan de Piedragorda, se le interpretó como adhesión a unos y otros, ya que los liberales lo señalaron de conservador recalitrante y los conservadores de protestante, liberal e impío, de liberal rojo. En medio de los vaivenes de la contienda es pertinente resaltar los papeles de la mujer en la guerra, como ya se vio con Quiteria, dama de alta alcurnia de pueblo, instigadora y actriz principal. Es extraordinario de qué modo esta obra profundamente enriquecida por el diálogo entre literatura y política muestra a otras mujeres protagonistas.

Sin duda, existe un material que sería pertinente revisar, y quizás la lista sería interminable, pero con el

objetivo de este artículo, de observar y analizar el papel de la mujer en la GMD, resulta inevitable invitar a leer la serie de relatos cortos que se publicaron con el título *El recluta*. En el año de 1900, la revista medellinense *El Cascabel*, dirigida por Henrique Gaviria Isaza, propuso la publicación de unos cuentos cortos con el tema del regreso del recluta de la guerra. Se esperaba publicar ocho cuentos, pero se presentaron diez, excepción del escrito de Efe Gómez que nunca llegó. Los cuentos salieron a la luz en febrero de 1901 en *El Medellín, Periódico de Variedades*, puesto a la venta el 16 de mayo con un costo de \$4 el ejemplar. Las guerras no solamente son batallas armadas, muertes y campos destrozados, hay otras, las que libran las mujeres en la vida cotidiana, ya sea como reclutas o por ser abandonadas por sus parejas masculinas.

En los cuentos, la figura esencial es la mujer, esposa, madre, hermana, sobrina, prima o hija, que libra esa otra guerra, la contienda por la sobrevivencia, por la ausencia y la incertidumbre; las que deben, al calor del desamparo, luchar por sus existencias y por sus vidas aparentemente desvalidas. En la obra hay relatos muy pertinentes para redescubrir esas otras guerras que sortean las mujeres a la luz de lo que no se cuenta en relación con las batallas cotidianas de la vida. En el libro es importante resaltar los testimonios muy fehacientes de lo que sucedió en la GMD con las mujeres, el relato de Ricardo Olano «La vuelta de Juan», donde se describen esas otras contiendas, las que soportan las mujeres en la vida cotidiana en medio de las conflagraciones armadas, y el de Eusebio Robledo «Un polvo y nada más», que explora el tema de la relación guerra y enfermedad, el papel de la música y la poesía, y el tema de las heroínas anónimas de las guerras (las mujeres) llevando el peso de la existencia y la cotidianeidad.

José Velázquez García, en «De la guerra», escudriña los sentimientos y los afectos en medio de la guerra; se trata de

una micropsicología y la destrucción del hogar y las familias como estructura social; José A. Gaviria, en «Una venganza», explora el hambre, las penurias y las afecciones psicológicas del recluta que vuelve; Luis del Corral, en «¿Pequeñeces?», aborda con versatilidad la Batalla de Peralonso y la situación de la mujer en la guerra; Alfonso Castro, en «De regreso», habla sobre la guerra y la destrucción de los proyectos de vida; José Montoya, en «Triunfo del recluta», sobre el amor y el desamor que produce la guerra, la ruptura de las parejas; Juanilla, en «El seudónimo de Dios», el desclasamiento (empobrecimiento de las clases altas, enriquecimiento de las bajas); Gonzalo Vidal, en «Perversidad», detalla las enfermedades físicas y la incertidumbre de la vida; Tomás Carrasquilla, en «A la plata», hace alusión sobre el problema de la autoridad paterna y su injerencia en la vida de las mujeres, el dinero por encima del honor como fin último.

De modo que entre *Luterito* y *El recluta* los lectores podrán tener alguna familiaridad con el tema de la mujer, la nación y los conflictos en Colombia, además que podrán aproximarse a los contornos de la GMD. Obviamente, este ejercicio requiere, de manera más juiciosa y detallada, escudriñar obras que por sus fechas y contenidos constituyen referentes obligados; basta mencionar a *Pax*, obra literaria de Lorenzo

Marroquín y José María Rivas Groot, a *Diana la cazadora*, de Clímaco Soto Borda, y a *Mis ideas*, de José María Vargas Vila, frente a lo cual se debe incluir su obra *Los césares de la decadencia*. No sobra citar al liberal radical Antonio José «Ñito» Restrepo con su libro *Sombras chinescas*.

¿Gráfica crítica o caricatura? Más que chistes o bromas, armas de la crítica y el análisis político

Una de las personas más autorizadas, versadas y reconocidas del campo estético y de su papel en los escenarios de la vida social y política del país es Beatriz González. En el artículo titulado «Gráfica crítica entre 1886 y 1900» (González, 2002), del libro producto de un simposio de varios días liderado por Rubén Sierra Mejía en la Universidad Nacional de Colombia Sede Bogotá, se discutió sobre la vida y obra del bogotano Miguel Antonio Caro (1843-1909). Producto de esos encuentros se publicó el libro *Miguel Antonio Caro y la cultura de su época*, impreso en el que expertos abordan al líder principal del periodo político que se llamó la Regeneración⁴.

La autora González aborda de modo reflexivo el papel que tuvo la caricatura en el periodo que transitó entre los gobiernos despóticos de la Regeneración —y como consecuencia de esos regímenes— y la conflagración bélica que llevó a la GMD. González se enfoca en mostrar también de qué modo la prensa cumplió un papel esencial e influyó como espejo crítico o censor moral de los hombres y de los

⁴ La Regeneración se conoció como el periodo político en el que se impusieron los regímenes políticos católicos, conservadores y presidencialistas, despóticos y tiránicos, que tras la guerra de 1885 derrotaba a los liberales. Se decretó el fin de la Constitución de Rionegro de 1863 y se expidió una nueva constitución, la de 1886, que liquidaba las concepciones laicas, seculares y modernas que legislaron al país por el esfuerzo de los liberales radicales llamados, con saña, el Olimpo Radical. Véase Rodríguez (1950).

acontecimientos que determinaron el ambiente de confrontación política de nuestro país desde el año de 1885 hasta 1900.

Sobre el papel de la prensa y su incidencia en las guerras del país, basta que el lector se acerque al libro *A plomo herido. Una crónica del periodismo en Colombia (1880-1980)* de Mary Luz Vallejo, donde se examina con minuciosidad el papel de lo impreso en el acontecer nacional en términos sociales y políticos en un siglo, y es recomendable para el ámbito latinoamericano el texto de Paula Alonso *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los estados nacionales en América Latina, 1820-1920*. La cultura impresa, mediante los letrados y las letradas, intelectuales y periodistas, tuvo una injerencia en nuestros conflictos y guerras, pero igualmente en nuestra formación republicana antes, durante y después de los procesos independentistas de nuestras tierras. A partir de lo planteado atrás, una historia intelectual de los conflictos o de las guerras en Colombia, y por extensión en nuestro continente, está por escribirse, contando con los esfuerzos ya logrados de Carlos Altamirano (2013), Horacio Tarcus (2020), Aimer Granados (2012; 2018) y Alexandra Pita (2016), entre otros.

Emilia Cibotti (2012) es una autora imprescindible para doblar la mirada de la historia oficial y construir una historia plural y más democrática en nuestros países, por eso resulta pertinente, desde esta óptica, aproximar al lector a la importancia que tiene lo estético, la caricatura y el humor gráfico en la rememoración del final de la GMD.

Por lo anterior, el escrito de González, en sus primeras líneas, aclara las definiciones acerca de lo que se entiende como gráfica crítica o caricatura, frente a lo cual emplea, reflexivamente, dos autores que son obligados: Gombrich (1968) y Baudelaire (1988).

A partir de ellos esgrime que, pese a que la caricatura se infravalora, en el sentido habitual de mal chiste o de vulgar ironía, esta es una expresión muy pertinente del hacer y pensar humano, por cuanto más allá de su interpretación burda o inocua es un arte y constituye un arma crítica contra las formas petrificadas y cristalizadas del poder humano a todo nivel. Señala la autora que Manuel Uribe Ángel, en la editorial del primer número del periódico *El Mochuelo* (1877), ya había definido la caricatura, y le dio el valor de ser un arma crítica para la verdad y un instrumento didáctico y pedagógico para construir ciudadanía (González, 2002, p. 279).

Lo avanzado del comentario de Uribe Ángel es de resaltar, según comenta González, porque ya no le da un simple valor de representación a la caricatura, sino que la concibe en su trascendencia, ya que ella tiene valores morales y políticos, esto permite deducir que la gráfica puede ser un arma crítica y una herramienta de análisis social y político. González ratifica su impresión aludiendo a que Uribe Ángel retomó esa valoración de la caricatura de su principal colaborador Alberto Urdaneta, quien estando en Europa conoció de primera mano la caricatura francesa. Es más, se constata que Urdaneta tenía un álbum de autógrafos en el que aparecen estampadas las firmas de Paul Gavarni (Sulpice Guillaume Chevalier (1804-1866)) y Alfred Grévin (1827-1892), reconocidos y autorizados caricaturistas franceses (González, 2002, p. 280).

Según asegura González, con Urdaneta se inició la edad de oro de la caricatura en Colombia porque fue uno de los gestores y primer director de la Escuela de Bellas Artes fundada

en 1886, durante el gobierno de Rafael Núñez, y además fue precursor de dos de los más autorizados y reconocidos caricaturistas del país, Ricardo Rendón (1894-1931) y José «Pepe» Gómez Castro (1892-1936). Sobre el papel de la caricatura existen valiosas investigaciones, la de Germán Colmenares, *Ricardo Rendón. Una fuente para la historia de la opinión pública y La caricatura en Colombia a partir de la Independencia*, colección recopilada por Beatriz González (2009-2010); *José Manuel Groot (1800-1878)* con prólogos de Gabriel García Márquez y Laureano Gómez, y otros textos tales como *Pepón ¡Ahí están pintados!* (1992) y *Osuna de frente* (1983), por referir a algunos destacados y muy leídos en nuestro medio. Estos materiales constituyen fuentes obligadas para cualquier lector que sea curioso y anhele incursionar en el papel de la caricatura como arma de análisis y crítica política.

Siguiendo con el capítulo de González, sobre Urdaneta existe una biografía escrita por Pilar Moreno de Ángel (1972) que es de consulta ineludible. El segundo personaje que aborda la autora y que constituye un referente imposible de exceptuar, en lo que respecta a la caricatura crítica y es fundamental para comprender lo que fue el papel de la gráfica crítica en la GMD, lo constituye el bumangués, hijo de conservadores, Alfredo Greñas. Con una corta semblanza González indica que Greñas, descendiente de familias conservadoras, se alistó en las filas de las milicias liberales radicales a los 19 años y participó en la denominada *Guerra de las Escuelas* (2013) o de las sotanas, la conocida guerra ci-

vil de 1876, retratada con fino humor e ironía literaria por el escritor antioqueño Tomás Carrasquilla, ya analizado aquí.

De Greñas, González cita una fuente que es imprescindible; al no existir biografías de este personaje, que para cualquier lector es ineludible acudir para poder valorar el rol que tuvo en el contexto de la GMD, se refiere la autora a unas notas autobiográficas del propio Greñas que aparecieron en el diario *La Nación* de San José de Costa Rica en 1977.

Sin duda, Greñas y su activismo en la prensa de la época constituye una fuente inocultable para descifrar de qué modo la caricatura se convirtió en arma crítica y en polemista y crítica moral de la vida social y política de Colombia entre 1885 y 1904. Sobre Greñas, González destaca su inclinación a la formación estética (aprendió tipografía, dibujo y grabado en madera, en 1881 ingresó a la Escuela de Grabado dirigida por Antonio Rodríguez para graduarse en xilografía) y sus convicciones y compromiso político liberal contra los déspotas y tiranos de los gobiernos de la Regeneración, por eso afirma que

al contrario de muchos caricaturistas, cuya meta final es llegar a ser un artista reconocido, para él lo importante era la lucha política; en este sentido, es uno de los caricaturistas más idóneos que han existido en el país. Las técnicas que aprendió como ilustrador del periódico de Urdaneta le sirvieron para denunciar a los copartidarios de Urdaneta y al gobierno de la Regeneración (González, 2002, p. 281).

En su trayectoria como caricaturista se destaca que fue uno de los más diestros ilustradores del *Papel Periódico Ilustrado*, un diario conservador pacifista, nos indica González. Durante la guerra de 1885 pasó a ser caricaturista del diario *El Posta*, que circuló con 32 números. El periódico se dirigió a atacar a los personajes más relevantes de la Regeneración

(hombres y mujeres incluidos), al punto que González cita que Soledad Román, esposa del entonces presidente de la República de Colombia Rafael Núñez, en sus memorias (Lemaitre, 1988) recuerda lo que le causaban a ella y al bardo cartagenero las caricaturas de Greñas en *El Posta*: profunda irritación e ira y enojo (González, 2002, p. 282).

Greñas fue un asiduo y persistente editor, según sus memorias se puede constatar que publicó una veintena de diarios, entre los que sobresalen *El Precursor* (1889), *El Loco* (1890), *El Zancudo* (1890), *La Catástrofe* (1890), *El Cóndor* (1890), *El Dengue* (1890), *El Demócrata* (1891), *El Mago* (1891) y *El Barbero* (1892), impresos con una orientación decididamente crítica en el contexto del gobierno de Núñez (quien fue presidente entre 1880-1882, 1884-1886, 1886-1887, 1892-1894, año en que murió).

La figura 1.4, «Los carceleros de la libertad», nos muestra a Policarpa Salavarrieta (la heroína de las independencias) que se encuentra encarcelada, aludiendo a la libertad y a los irreverentes inconformes, quienes durante la Regeneración fueron además de privados de la libertad expatriados y fusilados. Rafael Núñez y Miguel Antonio Caro son los carceleros, el uno sentado como reyezuelo y el otro (Caro) encorvado por la fuerza y el peso de su conservadurismo; custodian de modo indigno (sus armas son las llaves de la cárcel, los grilletes y los fusiles) a la vocera de los insurgentes, la mujer que representa a los colombianos rebeldes de los regímenes despóticos. Un soldado anónimo custodia la puerta de la cárcel (González, 2002, p. 304).



Figura 1.4 Los carceleros de la libertad. Monumento que exhibe hoy la regeneración colombiana

Fuente: Alfredo Greñas, *El Barbero*, 14 de abril de 1892, núm. 4 (González, 2002).

Los dos diarios en que se realza la vena satírica, la ironía y la crítica a través de la caricatura fueron *El Zancudo* y *El Mago*, porque Greñas vertió en ellos su punzante genialidad contra la tiranía de los gobiernos regeneradores, como veremos más adelante. Sobre *El Zancudo* es exigible leer el trabajo de Germán Arciniegas relacionado con la caricatura política en Colombia (siglo XIX) (Arciniegas, 1978),

lo que incluiremos aquí de modo sintético. Ahora, es importante señalar al respecto la valoración que la experta González hizo de la obra gráfica de Greñas:

En las caricaturas combinó elementos religiosos, costumbristas y simbólicos para denunciar la falta de libertad o para burlar la censura. Era como un francotirador que en lugar de usar armas fundaba periódicos. «Empecé una campaña de prensa contra los actos arbitrarios del Gobierno, en la que si se multaba el periódico se pagaba la multa y se seguía; si se le suspendía por tiempo dado, se seguía al terminar el de la suspensión; si se le suspendía en definitivo se fundaba otro; y suspendido ese, otro lo seguía. El más conocido es *El Zancudo*, que fue anunciado con grabados coloreados en acuarela que se colocaron en las paredes de las calles y que, posteriormente, los destruyó la policía (González, 2002, p. 283).

De la variedad de caricaturas publicadas en *El Zancudo*, según admite González, hay algunas temáticas recurrentes en la gráfica crítica de Greñas, entre muchas, la censura se constituyó en eje principal. No obstante, se puede ampliar a otras si se revisa con detalle el impreso: el fraude, la corrupción, el despotismo y la tiranía, la arbitrariedad y el abuso económico, el fanatismo, el clientelismo, la idolatría, la fidelidad y lealtad por conveniencia y por vínculos familiares partidistas, el descrédito económico, la ingobernabilidad y la falta de gobernanza, la exclusión política de las

minorías, la violencia hacia la oposición, la destrucción de lo público, la imposición de lo privado, el secreto y la conspiración política, entre muchas otras.

Efectivamente, la gráfica crítica de Greñas se dirigió a los tres personajes principales de los líderes de la Regeneración, Rafael Núñez, Miguel Antonio Caro y Carlos Holguín. Sobre estos personajes existen biografías muy adecuadas que los lectores podrán consultar toda vez que ellas no buscan convertirlos en los bustos adorados de hierro forjado intocables, ni deificarlos como los héroes patrios inmunes que no son profanados en su común humanidad. Se sugiere leer sobre Rafael Núñez el libro de Rafael Serrano Camargo (1973), sobre Caro a Darío Mesa (2014) y Gonzalo España (2016), y sobre Carlos Holguín a Marco Fidel Suárez (1894) (claro está, con reservas).

Junto a los trabajos sobre la caricatura y la gráfica crítica (González, 1998) como armas de análisis y reflexión política existe una monografía de grado del politólogo de la Universidad de Antioquia Jorge Mario Duque titulada *El papel de la caricatura política como medio de confrontación y debate político. Un estudio de caso en la época de la Regeneración 1885-1904*, en la que el autor realiza importantes aportes a las relaciones entre estética política y se enfoca a hacer un análisis concienzudo de Alfredo Greñas y su periódico *El Zancudo*. Son referencias muy oportunas y pertinentes. De modo que al revisar entonces el trabajo de Germán Arciniegas se obtienen algunos datos para evaluar la figura de Greñas.

El caricaturista sufrió los rigores del despotismo y de la tiranía de los gobiernos de la Regeneración, primero, de la mano de Núñez, y luego de Caro. Rescatamos de la semblanza diseñada por Arciniegas varios aspectos, entre otros, la experiencia de la cárcel y el exilio. La pérdida de la libertad

por la opinión o pensamiento fue habitual en el periodo y Greñas no estuvo exento de ser multado, encarcelado y finalmente expatriado, teniendo que asilarse en San José de Costa Rica. En el estudio de Arciniegas hay asuntos que no pueden olvidarse sobre el ambiente de intransigencia y de polarización que se vivieron en los años de 1185 a 1904. Arciniegas cita a Fidel Cano como uno de los opositores acérrimos de la Regeneración y señala que en un artículo del diario *El Espectador*, que fue fundado en 1887 (y luego cerrado), el antioqueño hizo una defensa contra el encarcelamiento de Greñas.

No es casual que Fidel Cano haya hecho ese pronunciamiento público porque otros liberales como Baldomero Sanín Cano fueron algunos de los primeros que se expusieron públicamente contra el despotismo de los regímenes conservadores. El rionegrino Sanín Cano escribió en 1888 el artículo «Núñez, poeta», con el seudónimo Brake, en el diario *La Sanción*, y ese texto es considerado uno de los que inauguró la crítica moderna literaria en Colombia (Rivas, 2010). Al revisar el primer número de *El Zancudo*, publicado en Santa fe de Bogotá el 22 de marzo de 1890, se aprecia toda la jocosidad ácida de Greñas, ya que el impreso se encabezó con el nombre *Virreinato de la Nueva Granada*, aludiendo al estado monárquico conservador del país. *El Zancudo. Periódico cándido, antipolítico, de caricaturas, costumbre y avisos* fue su presentación titular.

Y como para despistar a la censura se fechó en 1790, o aludien-

do al retroceso de un siglo en que vivía Colombia en esta época. Son llamativos los créditos aludidos: redactor: «el... oy Rey», director: «Serafín Boquiflojo», dibujantes: «Rump y Raff», grabadores: «Riff y Raff». Greñas se estampa en la página central como un zancudo y la primera caricatura se refiere al tranvía de mulas de Bogotá, aludiendo a las torpes y degradadas condiciones de transporte de la capital. Es más llamativo aún el contenido del primer número, pues como una especie de nota editorial dice: «Por resolución de 8 del presente concedió Su Señoría el Ministro de Gobierno permiso para que este periódico sea voceado por las calles». Inmediatamente la nota: «Este periódico saldrá a la luz cuando lo tenga a bien, y en tanto que se lo permitan. Se canjea con todos los periódicos que sean tan serios como él, y también con los que no lo sean, y que quieran admitir el canje». Los renglones seguidos definen los costos así: «La suscripción por volumen de diez números vale \$1. El número suelto vale 10 centavos. Los remitidos pagarán a razón de \$8 la columna, y los avisos a centavo por palabra». Y sin duda es más llamativo lo que expone Greñas:

Lector: vamos a dejar a un lado por un momento las ardientes luchas de la política, las contrariedades que a cada instante echan más hiel en la copa de la vida, y riamos.

Nos inspira horror el ceño melancólico del llorón Heráclito: la filosofía de Demócrito, risueña como él, no puede ser más consoladora. El Zancudo no tiene filiación política, pues quiere vivir tranquilo y reírse de unos y otros a zanca tendida; la mayor de las necesidades es calentarse la cabeza con esas cosas de Gobierno. El que se meta a sostener sus principios de buena fe y a abogar por los intereses del país la lleva perdida, porque en estos tiempos esos son buenos factores para la política:

hoy el lema de los que quieren medrar en ese terreno y recoger lo que otros majaderos han sembrado debe ser: *amarse a sí mismo más que a nadie, y al prójimo, contra una esquina*. Como nosotros no trillamos aquel escabroso camino como ya lo dijimos, no corremos el riesgo ni de vernos desengañados ni de que nos señale todo el mundo con el dedo, diciendo entre dientes: *¡este sí que ha robado!*

No ofrecemos como el malogrado Imparcial, que vamos a «flagelar sin compasión» a nadie. Nos reiremos de muchos prójimos, pero nuestros tiros no pasarán de causar una insignificante herida en la epidermis.

Hay muchos malos hábitos, muchas malas costumbres y muchas malas prácticas que deben extirparse: queremos ofrecer nuestro risueño contingente en la labor social.

Volviendo a Arciniegas, su estudio es pertinente porque alude a varios asuntos que implicaron la GMD en la perspectiva de la caricatura. Importantes liberales fueron exiliados, señala a Santiago Pérez Manosalvas (padre) y a Santiago Pérez Triana (hijo), este último personaje será fundamental en el pensamiento latinoamericano porque en Londres, junto a Baldomero Sanín Cano, fundará la revista colombiana *Hispania* con otros compatriotas exiliados, Cornelio Hispano, Saturnino Restrepo y Enrique Pérez Lleras, y serán protagonistas de la cultura impresa continental a nivel mundial. César Conto, Vargas Vila y Juan de Dios Uribe saldrían del país perseguidos por los regeneradores.

Lo más destacado del exilio forzoso de Greñas luego de estar encarcelado en Cartagena, en la prisión que quedaba muy cerca de la Hacienda El Cabrero de Núñez, fue que al establecerse en San José de Costa Rica creó amistad y construyó las bases de la cultura impresa de ese país junto a destacados letrados y letradas de la nación tica; de allí sobresalen los nombres de Tovar, Billo, Martín, Brenes Mesén, Tobías Zúñiga y, especialmente, el de Joaquín García Monge, creador de la revista continental *Repertorio Americano*, directa alusión al proyecto editorial que los diplomáticos culturales Andrés Bello y Juan García del Río dieron vida en Londres. García Monge fue una pieza clave del pensamiento latinoamericano toda vez que junto a Samuel Glusberg, en Argentina, José Carlos Mariátegui, en Perú, Waldo Frank, en Estados Unidos, Gabriela Mistral y Pablo Neruda, en Chile, conformaron una red intelectual muy reconocida por la izquierda latinoamericana; ellos ya se dirigían a Sanín Cano como «El maestro de América».

Al final de estas páginas se seleccionarán algunas de las caricaturas primordiales de la prensa y algunas fotografías que invitan al lector a familiarizarse con el tema, pero degustando y reflexionando sobre los sucesos y los asuntos que determinaron la GMD. Sin duda, es pertinente reiterar que todavía nuestras aulas requieren de creatividad y de innovación, y que la formación ciudadana, así como la cultura política de la comunidad universitaria, hay que elevarla, diseñar cursos alternativos, construir nuevas pedagogías, establecer nuevos métodos de enseñanza y de aprendizaje, de lo contrario, el estancamiento y un autismo que se desenvuelve en formas de violencia simbólicas y fácticas poco a poco destruirían la univer-

sidad pública y en específico la Universidad de Antioquia.

Esta es una invitación cordial y respetuosa para que, como se ha afirmado aquí, mientras no haya un cambio y una transformación en el estamento profesoral (y de paso en el estamento estudiantil, obviamente) frente a nuestra historia, ningún avance y progreso obtendremos, ya que sin cultura histórica de lo propio todo lo ajeno será absolutamente árido y desértico, así hayan cambios curriculares, procesos de acreditación y otros modos de estimular algunas transformaciones que no son más que superficiales; la universidad pública, para volver a su lema de *alma mater*, debe misionalmente variar el modo de pensar, de leer, de estudiar, de enseñar y de aprender de profesores y profesoras, porque así cambiarán también los alumnos y alumnas e incluso los estamentos burocráticos y las altas dirigencias de la comunidad universitaria.

En el acápite del escrito de Beatriz González, sobre la gráfica crítica, la autora afirma que entre 1893 y 1897, pese a que Peregrino Rivera Arce, José Ariosto Prieto y Darío Gaitán fueron discípulos de Greñas y sus más inmediatos predecesores, dos diarios, *El Mago* y *Mefistófeles*, ya indicados, fueron los que mantuvieron el espíritu de crítica del humor político de Greñas, exiliado y expatriado del país. En *El Mago*, fechado el 4 de diciembre de 1897, se planteó claramente que la caricatura tiene un valor didáctico porque en sus imágenes se pueden analizar con mayor solidez una situación o evento político, lo que lo hace un tratado o una obra sesud-

amente concebida, y, para finalizar, González (2009-2010) admite que:

La guerra [de los Mil Días] frenó las publicaciones de gráfica crítica. Muchos de los caricaturistas se fueron a la lucha física. Solo se ha descubierto una litografía, *La campaña del norte* (1899), que es una escena durante la campaña del Magdalena en la que aparece triunfante el general Casabianca, y agazapado en la cueva (el panóptico), Santos Acosta. El cabezote de *El Chuzo* (1900) presenta a Miguel Antonio Caro con una lanza que dice «presidencia», con la que ataca a Manuel Antonio Sanclemente para descalificarlo (p. 299).

En conclusión, los lectores podrán consultar sobre aspectos artísticos y fotográficos acerca de la guerra en las colecciones del Banco de la República y la Biblioteca Luis Ángel Arango (Uribe, 2000). Una *contrahistoria*, una historia de los otros y las otras se podrá alentar y estimular en nuestras aulas, en la medida en que rompamos con prejuicios, y, en ese sentido, uno de los campos de conocimiento que posibilita esa tarea es la historia intelectual, porque no es una historia de las ideas y del pensamiento en sí, sino un campo emergente, abierto y en construcción que permite abordar las ideas en su sentido y contexto social, en su expresión material, donde se indaga por el modo como ellas (las ideas) circulan, se exilian y se establecen mediante formas de sociabilidad y de relaciones sociales.

Sus fuentes esenciales son la prensa, las revistas, los epistolarios, la caricatura y la gráfica crítica, que si bien son objetos también se toman por actores, sujetos y artefactos que no solamente sirven de medios de información para historiadores y bibliotecólogos, sino como materia prima, ya que son protagonistas de nuestra historia. Los conflic-

tos no se libran necesariamente en los campos de batalla, también se libran en otros escenarios sociales. Para incentivar a los lectores seleccionamos algunas de las caricaturas de la antesala de la GMD y los invitamos a escudriñar ese campo tan rico y estimulante para comprender nuestro país.

Anexos

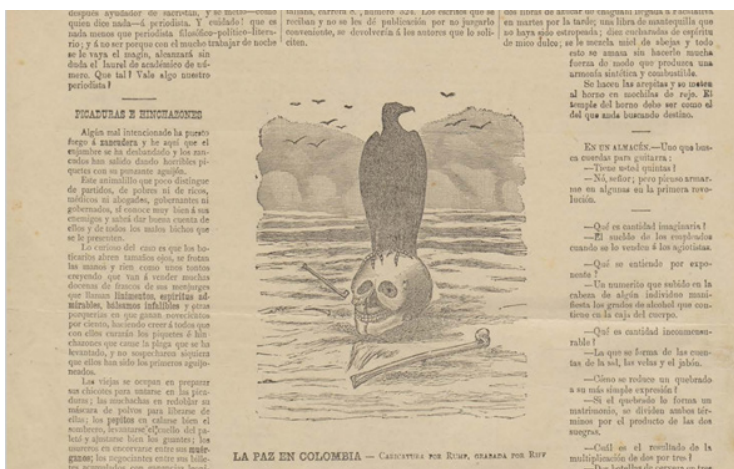
La caricatura como análisis y crítica política

Anexos caricaturas

El Zancudo (1890-1891) Alfredo Greñas



«El tranvía de Bogotá a Chapinero, signo del retro progreso de la Regeneración»
Del primer número de *El Zancudo*



«La paz en Colombia»

El Zancudo, 3 de abril de 1890, número 2

«No son los muertos los que en dulce calma duermen el sueño de la tumba fría; muertos son los que se hallan oprimidos y viven todavía» (Alfredo Greñas)

Un cuervo simboliza a los gobernantes de la Regeneración, un país dominado por el despotismo y la tiranía. La calavera constituye la conciencia de los colombianos pisoteada por el cuervo y el país un cementerio, tierra degradada y miserable donde ya no hay vida, otros cuervos vuelan en el aire a la espera de la carne muerta.

Las guerras no se libran solamente en los campos de batalla



«El árbol de la Regeneración, epílogo de una novela titulada "Partido Nacional"»

El Zancudo, 13 de julio de 1890, número 11

La caricatura construye una semblanza burlesca del Partido Nacional de la Regeneración, liderado por Miguel Antonio Caro. Delegado el poder en Carlos Holguín, quien con báculo en mano da a sus copartidarios palazos, Núñez sacude el árbol y van cayendo desvencijados quienes representan cuadrúpedos, reptiles y hasta insectos, aquellos que en su momento fueron los miembros más conspicuos del despotismo conservador. Nepotismo, corrupción, flagrancia política e inmoralidad expresan el conjunto del régimen dominante de la época.

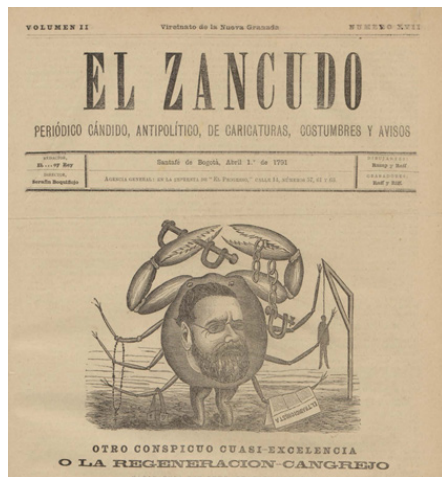


«El Escudo de la Regeneración»

El Zancudo, julio de 1890, número 12

Nueve cráneos representan los departamentos del país, que minúsculos rodean el centro del poder real; el gallinazo, ave degradada y sucia, se alimenta de cadáveres y representa el régimen de la Regeneración. La patas del «chulo» reposan en las cadenas significando la censura y la muerte de la libertad, han desplazado al cóndor. La calavera ya no es la granada entreabierta, donde hubo frutas, monedas, abundancia; en su lugar hay desperdicios, aludiendo a la situación del país. Panamá aparece siendo engullido por un siniestro animal, devorador, premonición de la pérdida de este país y de su ruptura como parte de Colombia. Las banderas no ondean, y yacen eternamente en apacible sosiego. Los escapularios, signos del despotismo del conservadurismo de la Regeneración, la cruz de malta indica el regresio-

vo temporal del régimen político y todo el conjunto se cierra con el lema: «Ni libertad, ni orden».



«Otro conspicuo quasi-excelencia o la Regeneración-Cangrejo»

El Zancudo, 1 de abril de 1891, número 17

Miguel Antonio Caro, líder de la Regeneración, mira hacia adelante, mientras sus pies están invertidos. Como el cangrejo, su caminado da la impresión de que avanza, cuando va hacia los lados y hacia atrás. Una de las patas del líder cangrejo lleva el diario *El Tradicionista* (1871-1876), impreso fundado por el intelectual católico, diario del pensamiento conservador radical que se convirtió en arma y en instrumento de opinión y de destrucción del contrario, del opositor (los liberales). En esa publicación el bardo bogotano vertió todo el veneno antiliberal, acudiendo a Pío IX, Ezequiel Moreno y Díaz y a la tradición intelectual y política del pensamiento reaccionario romántico, E. Burke, M. Barrés, J. de Maistre, Donoso Cortés, entre otros. Los grillos, las cadenas y la horca simbolizan los valores del

despotismo político de la época que como régimen mantuvo la Regeneración desde que se implantó en 1885, tras la guerra que derrotó a los liberales. Nunca falta el escapulario como símbolo del poder eclesial que antecede al político.



«Nuestras cometas»

El Zancudo, 19 de abril de 1891, número 20

Rafael Núñez, colérico, corta las cuerdas de las cometas que representan la prensa y la libertad de opinión. La primera en caer es la del diario *El Reproductor*, dando tumbos en el aire se precipita al suelo. A su lado están *El Espectador*, *El Demócrata*, *La Voz de El Tiempo*, *El Murciélago* y *El Zancudo*. Con cierta obstinación, acaso de irónica valentía, errabundos de las montañas, las sostienen sus acudientes con la esperanza de que la tijera regeneradora y providencial no les corte su libre circulación en el aire.



«La gallera política»

El Zancudo, 26 de abril de 1891, número 21

El fraude y la corrupción como hábitos y costumbres de las prácticas políticas de Colombia en el siglo XIX se expresan con crudeza en esta caricatura de Greñas. La gallera es la alusión al espectáculo circense en que se convirtió el ambiente político del país durante la Regeneración. La escena muestra el gallo principal de la Regeneración, Miguel Antonio Caro, alista-do por personajes siniestros de su gobierno, y el contendiente, Marceliano Vélez (conservador de los históricos), dispuesto a la pugna. Se pulen y afilan las espuelas en la pantomima del proceso electoral que se realizaría en el país con sus manipulaciones, con sus engaños y ficciones.



«Los vampiros»

El Zancudo, 31 de mayo de 1891, número 26

Postrada e inerte, Colombia y su libertad, representada en una figura femenina, están a merced de los vampiros. El gorro frigio de la libertad yace tirado a la mano izquierda de la mujer semiconsciente propensa a ser devorada y violentada por los depredadores. Alegoría directa del precipicio al que se avecina el país en medio de la corrupción que, como lastre,

arrastra nuestra patria al desastre de la decadencia y la degradación. La patria, a punto de ser desangrada por personajes siniestros, y el ambiente podrido, dan cuenta de cómo se tejen en el gobierno de la Regeneración las candidaturas y como se arma vilmente el proceso electoral de los conservadores nacionalistas.



«Sueño de un candidato»
El Zancudo, 5 de julio de 1891, número 31

Sueño o realidad, en ese estado de vigilia, Miguel Antonio Caro, como presidente del país, se presume como un monarca que expresa: «El Estado soy yo». Los grillos, la quema de libros, la destrucción de la imprenta (invento de J. Gutenberg, 1517), el ahorcado y el fusilamiento ya no son alegorías, son las realidades del despotismo del Regenerador auténtico, su tiranía atizó la contienda en las palabras que llevó a la conflagración armada. Coronado, con báculo en la mano, arropado como aquel monarca entre Rey y autoridad eclesial, posiblemente el papa, la figura del conservador del partido nacionalista

representa toda la arbitrariedad y la sordidez de aquellos que en las repúblicas se convierten en dictadores.



«El monstruo de la Regeneración»
El Mago, 27 de marzo de 1898, número 16

«El 27 de marzo de 1898 se imprimió la caricatura más fuerte aparecida en *El Mago*. El monstruo de la Regeneración: un dragón con la cara de Sanclemente, en cuyo pecho penden la cabeza de Marroquín (la tragedia) y otra no identificada (la comedia). El monstruo sostiene una cuerda de la que pende ahorcada una mujer, Colombia. Núñez y otros personajes se encuentran impresos en su cuerpo a manera de escamas. Un enjambre de abejas —la policía secreta— sigue al monstruo que está colocado sobre un sarcófago que contiene cuatro lápidas. En la primera: Amador, Gaitán Obeso, Felipe Pérez, César Conto, J. Vergara, Cuartas, Prestan y... en la

Las guerras no se libran solamente en los campos de batalla

segunda se encuentran Fidel Cano, Uribe Uribe, Ruiz, Robles, Foción Soto, Santiago Pérez. La tercera: No. Esguerra, Lleras, Camargo, Rudas, Parra, Sarmiento, Garcés, Camacho Roldán, y la cuarta, el pueblo y sus derechos» (González, 2009-2010).



«La presentación»
Mefistófeles, 17 de octubre de 1897,
número 15

Miguel Antonio Caro, líder y cabeza de la Regeneración, en la antesala del proceso electoral de 1898, tiene en las dos manos, como títeres, a los futuros candidatos del partido nacional de la Regeneración. Rafael Reyes aparece como un perro afligido y acobardado dada la magnitud de la manipulación del bardo bogotano.

Referencias

Altamirano, C. (2008). *Historia de los intelectuales en América Latina, 1. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*. Katz.
Altamirano, C. (2013). *Intelectuales: notas de investigación sobre una tribu inquieta*. Siglo XXI.

- Álzate, C. (2015). *Soledad Acosta de Samper y el discurso letrado de género. 1853-1881*. Iberoamericana Vervuert.
Álzate, C. y Ordoñez, M. (2005). *Soledad Acosta de Samper. Escritura, género y nación en el siglo XIX*. Iberoamericana.
Arciniegas, G. (1978). *El Zancudo. Periódico cándido, antipolítico, de caricaturas, costumbres y avisos. La caricatura política en Colombia (siglo XIX)*. Editora Arco.
Baudelaire, C. (1988). *Lo cómico y la caricatura*. Visor.
Bergquist, C. (1999). *Café y conflicto en Colombia (1886-1910). La Guerra de Los Mil Días. Sus antecedentes y consecuencias*. Banco de la República, Áncora.
Bushnell, D. (2007). *Colombia: una nación a pesar de sí misma. Nuestra historia desde los tiempos precolombinos hasta hoy*. Planeta.
Camacho, C., Garrido, M. y Gutiérrez, D. (2018). *Paz en la república: Colombia, siglo XIX*. Universidad Externado de Colombia.
Cané, M. (2005). *En viaje*. Biblioteca Ayacucho.
Caro, M. A. (1986). *Escritos políticos* (vol. 1). Instituto Caro y Cuervo.
Carrasquilla, T. (1980). *Luterito*. Bedout.
Castaño, L. O. (2002). *La prensa y el periodismo en Colombia hasta 1888: una visión liberal y romántica de la comunicación*. Academia Antioqueña de Historia.
Cibotti, E. (2012). *América Latina en las clases de historia*. Fondo de Cultura Económica.
Deas, M. (1993). *Del poder y la gramática: y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas*. Tercer Mundo Editores.
Delpar, H. (1994). *Rojos contra azules: el partido liberal en la política colombiana, 1863-1899*. Planeta, Procultura.

- Dodd, T. (1985). *La crisis de Panamá. 1900-1904. Cartas de Tomás Herrán*. Banco de la República.
- El Syllabus, explicado al alcance de todos* (1874). Imprenta el Tradicionista.
- España, G. (1984). *Los radicales del siglo XIX*. Áncora.
- España, G. (2013). *El país que se hizo a tiros. Guerras civiles colombianas (1810-1903)*. Random House Mondadori.
- España, G. (2016). *Odios fríos: la novela de Miguel Antonio Caro en el poder*. Random House Mondadori.
- Galvis, S. (2002). *Soledad, conspiraciones y suspiros*. Arango Editores.
- Gombrich, E. (1968). El arsenal de la caricatura. En *Meditaciones sobre un caballo de juguete*. Seix Barral.
- González, B. (1998). Guerras civiles y testimonio artístico. En *Las guerras civiles desde 1830 y su proyección en el siglo XX*. Museo Nacional de Colombia.
- González, B. (2002). Gráfica crítica entre 1886 y 1900. En R. Sierra (Ed.), *Miguel Antonio Caro y la cultura de su época* (págs. 279-317). Universidad Nacional de Colombia.
- González, B. (Curaduría). (2009-2010). La caricatura en Colombia a partir de la Independencia. <https://www.banrepcultural.org/la-caricatura-en-colombia/virtual-espacio06.html>.
- Granados, A. (2012). *Las revistas en la historia intelectual de América Latina. Redes, política, sociedad y cultura*. Universidad Autónoma Metropolitana, Juan Pablos Editor.
- Granados, A. y Mir, S. (2018). *Prácticas editoriales y cultura impresa entre los intelectuales latinoamericanos en el siglo XX*. El Colegio Mexiquense, Universidad Autónoma Metropolitana, Cuajimalpa y Granados.
- Gutiérrez, R. (1989). *Temas y problemas para una historia social de la literatura latinoamericana*. Cave Canem.
- Helg, A. (1987). *La educación en Colombia 1918-1957: una historia social, económica y política*. Fondo Editorial Cerec.
- Jaramillo, C. E. (1991). *Los guerrilleros del novecientos*. Cerec.
- Jaramillo, M. (2020). *José María Samper. Biografía de un converso*. Rocca.
- Lemaitre, E. (1971). *Panamá y su separación de Colombia*. Biblioteca Banco Popular.
- Lemaitre, E. (1981). *Rafael Reyes. Biografía de un gran colombiano*. Banco de la República.
- Lemaitre, D. (1988). *Soledad Román de Núñez: recuerdos*. Canal Ramírez Antares.
- Martínez, A. (1999). *La Guerra de los Mil Días. Testimonio de sus protagonistas*. Planeta.
- Martínez, A. (2001). Mujeres en pie de guerra. En G. Sánchez y M. Aguilera, *Memoria de un país en guerra. Los Mil Días 1899-1902* (págs. 195-210). IEPRI, UNIJUS, Universidad Nacional de Colombia, Planeta.
- Melo, J. O. (1994). Las vicisitudes del modelo liberal. En *Historia económica de Colombia*. Tercer Mundo.
- Mesa, D. (1984). La vida política después de Panamá. 1903-1922. En VV. AA., *Manual de historia de Colombia. Tomo III* (págs. 83-119). Colcultura.
- Mesa, D. (2014). *Miguel Antonio Caro: el intelectual y el político*. Universidad Nacional de Colombia, Facultad de

Ciencias Humanas, Departamento de Sociología.

Moreno de Ángel, P. (1972). *Alberto Urdaneta*. Instituto Colombiano de Cultura.

Moreno y Díaz, E. (1908). *Cartas pastorales. Circulares y otros escritos*. Imprenta de la Hija de Gómez Fuentenebro.

Osuna de frente (1983). Áncora, El Espectador.

Palacios, M. (2002). *El café en Colombia, 1870-1975. Una historia económica, social y política*. Planeta.

Pepón (1992). *¡Ahí están pintados!* Intermedio Editores.

Pita, A. (2016). *Redes intelectuales transnacionales en América Latina durante la entreguerra*. Universidad de Colima, Miguel Ángel Porrúa.

Plazas, G. (1985). *La Guerra Civil de los Mil Días*. Academia Boyacense de Historia.

Ponce, A. (2000). *De clérigos y generales. Crónicas sobre la Guerra de los Mil Días*. Panamericana.

Poveda, G. (2013). *Población y censos en Colombia. Desde la conquista hasta el siglo XXI*. Editorial Unaula.

Rausch, J. (1993). *La educación durante el federalismo: la reforma escolar de 1870*. Instituto Caro y Cuervo, Universidad Pedagógica Nacional.

Rivas, C. (2010). *Revista Mito: vigencia de un legado intelectual*. Editorial Universidad de Antioquia.

Rodríguez, E. (1950). *El olimpo radical: ensayos conocidos e inéditos sobre su época, 1864-1884*. Voluntad.

Röthlisberger, E. (2016). *El Dorado: estampas de viaje y cultura de la Colombia suramericana*. Universidad Nacional de Colombia.

Sánchez, G. y Aguilera, M. (2001). *Memoria de un país en Guerra. Los Mil Días 1899-1902*. IEPRI, UNIJUS, Universidad Nacional de Colombia, Planeta.

Sanín, B. (1977). Núñez, poeta. *El Espectador* [Suplemento Literario Ilustrado. Domingo 24 de junio de 1924, p. 1] y en *El oficio del lector*. Biblioteca Ayacucho.

Serrano, R. (1973). *El Regenerador. Vida, genio y estampa de Rafael Núñez. 1825-1865. 1866-1894*. Lerner.

Sierra, R. (2002). *Miguel Antonio Caro y la cultura de su época*. Universidad Nacional de Colombia.

Sierra, R. (2006). *El radicalismo colombiano del siglo XIX*. Universidad Nacional de Colombia.

Silva, J. A. (1996). *Cartas (1881-1888)*. Ediciones Casa Silva.

Socarrás, S. (1977). *Recuerdos de la Guerra de los Mil Días*. Tercer Mundo.

Suárez, M. F. (1894). *Rafel Núñez y Carlos Holguín*. Imprenta Nacional.

Suárez, M. (2016). *Federalismos. Europa del Sur y América Latina en perspectiva histórica*. Granada.

Tarcus, H. (2020). *Las revistas culturales latinoamericanas. Giro material, tramas intelectuales y redes revisteriles*. Tren en Movimiento Ediciones.

Terán, O. (1976). *Del tratado Herrán Hay al tratado Hay-Banau Varilla. Panamá. Historia crítica del atraco yanqui mal llamado en Colombia. La pérdida de Panamá. Nuestra independencia de Colombia*. Carlos Valencia Editores.

- Tirado, A. (1976). *Aspectos sociales de las guerras civiles en Colombia*. Instituto Colombiano de Cultura, Subdirección de Comunicaciones Culturales.
- Uribe, R. (2000). Cien años de los mil días. *Boletín Bibliográfico y Cultura*, 37(54), 28-29. https://publicaciones.banrepcultural.org/index.php/boletin_cultural/article/view/1402.
- Vallejo, M. (2006). *A plomo herido. Una crónica del periodismo en Colombia (1880-1980)*. Planeta.
-